

## Dos artículos de la Condesa de Pardo Bazán recuperados de ABC

Ángeles Quesada Novás

SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO

aquesadanovas@gmail.com

(recibido abril/2015, revisado febreiro/2016)

RESUMEN: El trabajo presenta dos artículos que forman parte del conjunto que bajo el título genérico de “Un poco de crítica” publicó la escritora en el diario madrileño *ABC* entre 1919 y 1921. Estos dos artículos no aparecen recogidos en la edición recopilatoria efectuada en 2006.

PALABRAS CLAVE: Presentación, artículos, *ABC*, contextualización.

ABSTRACT: The paper presents two articles that are part of the assembly under the generic title “Un poco de crítica” published in the Madrid newspaper *ABC* between 1919 and 1921. These two items will not be included in the compilation edition held in 2006.

KEY WORDS: Presentation, articles, *ABC*, contextualization.

Desde hace años y gracias a las múltiples investigaciones a ello dedicadas, no es necesario extenderse en explicaciones acerca de la fecunda relación existente entre Emilia Pardo Bazán y el mundo de la prensa. Una relación que la conduce a estar presente en gran número de publicaciones periódicas, sean diarios, semanarios o mensuales; sean revistas ilustradas, *magazines*; sean de corta o larga vida y de corta o larga presencia de la autora. Lo cierto es que su colaboración está presente con tanta frecuencia y en publicaciones tan diversas que no cabe duda de que su firma terminó constituyéndose en garantía de calidad literaria para aquellas publicaciones que la presentaban entre sus colaboradores.

Uno de los diarios más conocidos desde su nacimiento y que continúa vivo hoy en día, ya entrados en la segunda década del siglo XXI, es *ABC*. Fundado por Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio en enero de 1903, en su origen fue un semanario ilustrado que pasó a convertirse en diario a partir de 1905. Formaba parte de la misma empresa periodística que, desde 1891, publicaba el *magazine Blanco y Negro*, una de las revistas de mayor prestigio de la época, cuya primera etapa se prolonga hasta 1936<sup>1</sup>. En ella la firma

<sup>1</sup> A partir de esa fecha pasa por diversas etapas, así como varias interrupciones hasta su desaparición en el año 2000.

de Pardo Bazán se convirtió en asidua durante largos años (de 1895 a 1918) mediante la publicación de cuentos y artículos que llegan a constituir una cifra cercana a las ciento cincuenta intervenciones.

La colaboración en *Blanco y Negro* termina en 1918<sup>2</sup>, momento en que comienza otra, pero ya en el diario *ABC*, en forma de artículos de opinión acogidos bajo el título de “Algo de crítica” primero y posterior y definitivamente “Un poco de crítica” después. El primer artículo que, según el estudio introductorio de la profesora Sotelo Vázquez en su edición de este conjunto, son “por lo general breves y casi siempre con el pretexto de reseñar las últimas publicaciones literarias o aquellos acontecimientos destacables de la vida cultural” (Sotelo 2006: 12), para, a continuación pasar a agruparlos por temas en cuatro apartados: artículos de carácter histórico. Desmitificación y Regeneración de España, de crítica literaria española, de crítica literaria extranjera, artículos-homenaje.

Los artículos que hoy presentamos no se recogen en esta edición de la profesora Sotelo. Uno de ellos, el titulado “Teratología” tampoco aparece citado en la monografía sobre Antonio de Hoyos escrita por Carmen Alfonso y editada por la Universidad de Oviedo en 1998, en la que se ofrece información sobre las relaciones de ambos escritores y cuenta además con varios artículos de Pardo Bazán en los que cita al escritor. Estas dos circunstancias, es decir su ausencia en dos estudios solventes, confirman la oportunidad de editarlos ahora.

La razón por la cual no aparecen estos artículos en esos dos trabajos podría deberse a que los títulos elegidos por Prado Bazán no sugieren que se traten de artículos de crítica literaria, que, a fin de cuentas, era la finalidad última del conjunto, aunque luego hubiese pequeños desvíos. El hecho de acogerse al rótulo elegido como título general de la serie no significa que, en algún caso, el encargado de componer la página pudiese olvidarse de encabezarla con ese título, de hecho casi afirmaríamos que esto ocurrió con el artículo titulado “La utopía”, aparecido el 11 de septiembre de 1920 y que discurre por los mismos derroteros que el resto, es decir comentario crítico de una obra, en este caso un estudio sociológico sobre “los antecedentes y desarrollo de la famosa República comunista y cristiana del Paraguay” (Pardo Bazán 1920: 3), con el añadido de los conocimientos que ella posee sobre esta historia<sup>3</sup>.

El artículo: “La cerámica de Alcora”, publicado el 22 de diciembre de 1919, forma parte de la serie “Un poco de crítica” dedicada a autores españoles, aunque la obra no es estrictamente literaria ya que se trata de un estudio realizado por el conde de Casal: *Historia de la Cerámica de Alcora* de muy reciente edición, pero no por ello deja de ser un análisis crítico.

En este trabajo Pardo Bazán aprovecha lo que acerca de estos famosos alfares cuenta su historiador –y que ella resume para el lector– para reafirmarse en la idea de lo mucho que se ha perdido de la tradición artesana y la escasa atención que estas artes menores reciben

<sup>2</sup> Me refiero a la colaboración consistente en obra cuentística y de artículos. En los años siguientes: 1919 y 1920 publicó dos novelas cortas: *La Pepona* y *La serpe*.

<sup>3</sup> Esta sería razón suficiente para considerar que el artículo forma parte de la serie, pero, puesto que el criterio seguido es el de acogerse al epígrafe, no se transcribe aquí.

en su actualidad: “¡Restos de tanta gloria! (...) tantas y tantas formas como tomó la belleza en esta Península, donde todo se ha hecho y en todo se ha llegado a la mayor altura, y donde también todo se ha perdido y agotado, rota la cadena de aljófares de la tradición.”

El otro artículo, de título “Teratología” apareció el 31 de julio de 1920, ocupando como siempre la portada del rotativo, firmado por La Condesa de Pardo Bazán, como el resto de la serie. A pesar de que el título podría sugerir otro tema, lo cierto es que forma parte del grupo dedicado a la crítica literaria española, pues versa sobre la novela *Las lobas de Arrabal* de Antonio de Hoyos y Vicent, aparecida ese mismo año 1920.

El artículo afronta la crítica de esa novela desde la perspectiva de un gesto de afecto hacia la persona que conoció “de niño”, ya que le unía una “constante amistad con su madre”, razón por la cual –posiblemente– prologó su primera novela (*Cuestión de ambiente*, 1903) y ha seguido con atención su exitosa carrera literaria. Pero ese afecto no le impide señalar el que ella observe que todas las novelas de Hoyos “tienen entre sí una semejanza marcadísima [...] jamás causan [...] la sensación de otra fase diferente [...] Hay en el guiso más o menos pimienta; pero es el mismo guiso”. Frente a esto subraya la “extraña plasticidad, un arte ya dominado de descripción [que] da a sus tipos y a sus diseños relieve y fuerza”. Una plasticidad que ella cree se debe a la sordera del escritor que agudiza los otros sentidos corporales.

Ya centrada en la novela que Hoyos le ha proporcionado, se centra Pardo Bazán en las que ella denomina “anormalidades fisiológicas” de los personajes habituales en la obra de este escritor, de entre los cuales “ninguno tan típico como el protagonista de la última”, al que adjudica una “monstruosidad” y una “depravación aberrante”.

Hace a continuación un recorrido por el argumento que justifique las calificaciones anteriores –deteniéndose en la protesta ante un personaje gallego “que hace cosas feas, y otras poco verosímiles para los que conocemos el ambiente”–, además de, con gran ironía, buscar en él ese libro cristiano que anuncia el autor en el último de los cinco prologuillos.

Centra la crítica, pues, más en los aspectos morales que en los literarios, aunque no duda en cerrar el artículo con un reconocimiento del “valor de esta fábula” que es muestra fiel de las aptitudes del novelista.

Nuestra edición actualiza la acentuación, de acuerdo con la normativa académica vigente, y respeta la puntuación de la escritora, salvo en los casos en que contraviene la norma actual<sup>4</sup>.

## UN POCO DE CRÍTICA. LA CERÁMICA DE ALCORA

No hace mucho protesté de las apreciaciones del Sr. Ruimar respecto a la capacidad artística de España. Un documento probante, en este respecto y en otros muchos, es el espléndido libro que sobre la Manufactura de Alcora ha publicado el conde de Casal.

<sup>4</sup> Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación *Ediciones y estudios sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: FFI2013-44462-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, dirigido por el profesor González Herrán, en la Universidad de Santiago de Compostela.

La cerámica de Alcora, me apresuro a anotar, no es hispánica en su origen, sino que nace de la de Marsella y Moustiers hasta el extremo –nos lo dice su erudito historiador– de que sea difícil diferenciar algunos productos de ambas procedencias. Pronto, sin embargo, se aclimató la artística industria y alcanzó, si es que no superó, a sus modelos primitivos; y lo que empezó con artistas traídos del extranjero, fue pronto obra de españoles, al menos en la mayor parte de los elementos que la integraron.

Es Alcora, un poblado de Castellón de la Plana, y en él la fortaleza de Alcatén dio nombre al señor o jurisdiccional, después incorporado al condado de Aranda. Y un conde de Aranda, padre del famoso consejero de Carlos III y Carlos IV, es el fundador de la manufactura, cuyos vestigios se buscan con empeño ahora que parecen haberse despertado la curiosidad y el conocimiento de nuestros tesoros artísticos, tan copiosos, que el reseñarlos sucintamente ocuparía páginas y páginas, sin agotarse nunca el contenido, pues cada día que pasa acrece el catálogo con nuevos descubrimientos y puntos de vista.

El prócer, deseoso de imprimir huella fecunda en sus Estados, observó que en el pueblo de Alcora existían numerosos alfares donde se fabricaban objetos de tierra; que las tierras eran de excelente calidad y que el mar estaba próximo, facilitando la exportación. La alfarería de arte encontraba preparado el terreno en aquellas regiones, pero lo que el conde de Aranda iba a fundar se diferenciaba de lo ya conocido; traía a España una corriente de elegancia y finura, estilos nuevos y delicadezas primorosas: todo el siglo XVIII con sus orientaciones estéticas. En la Empresa comprometió el conde no sólo su hacienda, sino la energía de su voluntad. En el reglamento que redactó, dio a la fundación un sello de fe, prescribiendo oraciones y actos piadosos. Cuando le suceda su hijo, el enciclopedista, serán suprimidas estas intimidaciones religiosas de obreros y maestros, que no parecerán admisibles al admirador incondicional de Voltaire, al que envió a Ferney, como tributo, piezas de su fábrica. Curioso signo de la transformación de las ideas, y no menos significativo ejemplo de ese error que casi no puede achacarse al individuo, sino al tiempo en que vive y que hizo que la Revolución francesa fuese impulsada por la aristocracia y obra más bien de las altas clases.

Al hijo del fundador, primer ministro de Carlos III, corresponde la segunda época de la fábrica de Alcora, en que aparece la porcelana. Los viajes por el extranjero del magnate contribuyeron a ampliar y perfeccionar los productos de la fábrica, y acaso la afición a la cerámica del Rey pudo ser un lazo más que le uniese a su ministro. Nadie ignora que Carlos III trasladó a España la bella industria de Capo di Monte y manifestó una pasión por las porcelanas sólo comparable a la que aquel otro *dilettante* regio, Felipe II, demostró hacia la pintura.

Nos dice el conde de Casal que la influencia de Alcora es francesa y en el Retiro, italiana. Y, en efecto, no hay cosa más siglo XVIII francés que la mayor parte de esos lindísimos objetos elaborados en el Levante español. Responden plenamente a la idea que tenemos de aquella sociedad refinada y ligera que impregnó de arte todos los aspectos de la vida, por lo cual un objeto perteneciente a ella no puede confundirse con los de épocas anteriores y es eterno tipo de gracia y coquetería, que sin cesar ha de imitarse.

Conviene advertir que se manifestó también una influencia sajona por la presencia en Alcora de artistas y técnicos alemanes.

No le faltó a la manufactura de Alcora quien le hiciese la competencia. Tuvo zona de difusión muy activa y en la misma villa y en otras inmediatas se abrieron fábricas imitadoras y similares. El conde de Aranda tomó providencias para salvar su marca de las supercherías. Hay que notar en aquel momento de la vida nacional española que, según observó Menéndez y Pelayo, se civilizaba *more turquesco*, la característica del despotismo ilustrado; y no debe censurarse el procedimiento, si lo hacía necesario el estado de la nación, pues en política lo bueno y lo lícito es lo que conviene –no hay que olvidarlo.

Recontando lo que importa a España en esta brillante industria que los condes de Aranda establecieron, y fundándonos en los datos de su concienzudo historiador podemos decir que son tres los aspectos que presenta: la facilidad de asimilación y la receptividad revelada en los artistas españoles que desde el primer momento cooperaron con los extranjeros en la manufactura; la intensidad con que se reprodujeron los más bellos modelos de fuera de España, y un sello español que en bastantes productos no puede desconocerse, aunque no esté tan marcado como en el Talavera, que es lo genuino nuestro en el siglo XVII, como lo fueron en la Edad Media los platos hispanoárabes. Tal sello puede notarse, sobre todo, en la azulejería, por ejemplo, en la de la cocina de los marqueses de Benicarló.

En todas las épocas de Alcora, el libro del conde de Casal nos muestra maravillosos ejemplares, que por encima de su fin útil, tienen especial importancia artística. Algunos ni aun revisten la apariencia de tal fin, son sencillamente ornamentales, como las placas de loza policromada, entre las cuales se destaca la magnífica de Hesiona, hija de Laomedón, libertada por Hércules de la Hidra; las lindas pirámides, los bustos, los leones, toda la fauna alcoreña. En otras piezas noto un reflejo del arte del abanico: los temas chinescos abundan y, lo mismo las figuritas que los motivos decorativos, me recuerdan paisajes y varillajes gráciles y gentiles, porque el momento artístico es el mismo y el abanico es, o, mejor dicho, fue, altamente sensible a las corrientes estéticas de su tiempo y hora.

También los alfares de Talavera sufrieron el ascendiente del estilo alcoreño. Ejemplares de tal hibridación nos presenta el conde de Casal entre las ilustraciones de su obra. Y a su vez, Alcora imita estilos extranjeros muy varios y llega a reproducir el Sevres, cuando sobre la loza prevaleció la porcelana de pastas dura y tierna. No es posible conformarse a las lozas y porcelanas que hoy se fabrican, aun a las más estudiadas y con más pretensiones, al considerar estos productos de Alcora tan llenos de interés en forma y decoración. Me parecen graciosos sobremanera los objetos pequeños, frascos, cajitas, palmatorias, escribanías y platitos; y ¿cómo expresar el encanto de las soperas, coronadas por una cabeza de oveja, o modeladas reproduciendo frutas, con exquisito naturalismo?

Siempre asoma el abanico de estos testimonios de la manufactura de Alcora. Hay en el libro una salvilla "género rocalla", toda decorada con flores, que se me figura hermana del reverso de un abanico de mi colección, de los más raros. Y el plato pequeño de la colección Bordes está trazado y dispuesto como lo están muchos países de abanico, formando divisiones con cartelas Luis XV.

Este libro, que tan acabada idea nos da de una de las manifestaciones más atractivas de nuestra capacidad artística, nos entera, también, de cómo decayó y se extinguió la manufactura alcoreña después de haber reflejado una vez más los acontecimientos por medio de objetos patrióticos (igual fenómeno puede observarse en Sargadelos). De esos testimonios nos presenta ejemplares la misma obra que no he podido sino desflorar, pero que quisiera elogiar cumplidamente, por la grata señal que nos da de que todavía tenemos magnates tan inteligentes y animosos como fueron a su hora los condes de Aranda, fundadores y propulsores de la fábrica de Alcora. Con tristeza leemos la extinción de los alfares artísticos alcoreños y esa página me produce una impresión análoga a la experimentada en Talavera de la Reina, cuando vi los viejos y ya adocenados alfares talaveranos. Hoy los esfuerzos de mi amigo el Sr. Páramo y algunas personas más han empezado a resucitar la típica loza de Talavera. ¿Podremos esperar un resurgimiento análogo en la de Alcora? Me temo que no. Sólo queda en pie el caserón de la fábrica, paredes, paredes... ¡Restos de tanta gloria! Y, como Alcora, esperan la resurrección los cueros de Córdoba, las soberbias telas de Toledo, los vidrios catalanes, competidores de los venecianos, y tantas y tantas formas como tomó la belleza en esta Península, donde todo se ha hecho y en todo se ha llegado a la mayor altura, y donde también todo se ha perdido y agotado, rota la cadena de aljófares de la tradición.

La Condesa de PARDO BAZÁN

### “UN POCO DE CRÍTICA. TERATOLOGÍA”

¿No quiere Antonio de Hoyos que yo hable de sus últimas novelas? ¿No tiene la cortesía de atribuir valor a mi opinión, no ya sólo porque siempre puede un artículo de periódico despertar unas miajas la atención del dormido leyente, sino en otro modo substantivo: porque, según dice, aprecia mis consejos? Pues allá van, no consejos, que ya no se dan a nadie y de los que nadie hace más caso que del flac flac de la lluvia, sino las sinceras impresiones de una lectora que ha seguido a este escritor durante toda su rápida y lucida carrera, y que le desea mayores triunfos, y, sobre todo, el triunfo sólido, bien fundado, de la posible perfección artística.

En las letras, como en todo, hay que tener una ambición descontentadiza, un anhelo exigente, un celo devorador, que nos consuma. Como para los problemas de la conciencia deben recordarse los “novísimos”, hay que tener presente que vendrá el día del Juicio, la revisión de la posteridad, el peso en las dos balanzas, y esto sucederá cuando no seamos más que polvo. Y que, sin embargo, esto debe importarnos como si lo hubiésemos de presenciar, pues lo que Dante llamó *gran disio de l’eccellenza* va más allá de la vida humana, y es esencialmente espiritual.

¿Y por qué hablo así a Antonio de Hoyos? Porque le conocí de niño, porque prologué su primera novela, porque me unió constante amistad a su buena madre, porque tales circunstancias obligan, piden como supremo don el de la sinceridad absoluta. Me agradaría que la silla curvada, de forma tan modernista, que “Antoñito” ha conseguido ocupar en nuestro Parnaso, fuese un firme y recio sillón Renacimiento, de esos que el tiempo no

desbarata; algo como los fraileros que (después de dar muchas vueltas) han llegado a parecerme el único asiento posible, porque no se rompen, desvencijan ni despatarran, y representan una forma estética del mobiliario, cuya robustez le asegura la eternidad. Mas no se trata ahora de lo que yo anhelaría para el escritor, sino de lo que ya posee, y no es para despreciado, ni mucho menos. Como novelista, ha conseguido público, ediciones, traducciones; como cronista, el público de *ABC* sabe a qué atenerse. Puede decirse que ha logrado un nombre, que ya no se perderá su recuerdo, confundido en el montón de lo que la gente se da prisa a olvidar. Con infatigable asiduidad produce, y con gusto e interés es leído, y también con viveza es criticado. No ha conocido los hielos de la indiferencia. No crea nadie que esto es grano de anís.

Sus novelas tienen entre sí una semejanza marcadísima. Aparezcan algo refrenadas y con un criterio encerrado en las normas del más general –cuando escribe, verbigracia, para la *Biblioteca Patria*– o corran por los cauces de la crudeza y del decadentismo, o más bien de cierto *apachismo* intelectual y moral; son siempre la misma obra, en la cual la fantasía ha renovado el asunto, ha introducido nuevos personajes, episódicos o principales; pero que jamás causan (líbreme Dios de decir *dan*) la sensación de otra fase diferente de la sensibilidad del autor, ni de otra representación de la comedia humana. Hay en el guiso más o menos pimienta; pero es el mismo guiso, ya hecho a la francesa, con potingues almizclados, o a lo popular español, con el condimento colorado de la chulería y del hampa nacional. Importa decir que, si nunca las narraciones de Hoyos se circunscriben a la sencilla realidad, aún parecen más artificiosas cuando retratan lo que se ha llamado “bajos fondos”. Y, no obstante, una extraña plasticidad, un arte ya dominado de descripción, da a sus tipos y a sus diseños relieve y fuerza.

La plasticidad es la nota del estilo de Hoyos. Todo, hasta lo que quiere (¡cuán en vano!) ser ascético, en él se convierte en color y forma. La carencia de uno de los sentidos corporales ha agudizado los otros y la percepción de lo externo es vivísima, exaltada. Se le presentan las figuras actuales a través de reminiscencias del arte pictórico y escultórico, y una mujer, para él, es *boticellesca*, un hombre es un retrato del *Greco*, y continuamente están delante de sus ojos las Salomé, las Judits, las Balkis, y otras madamas antiguas de quienes sólo por el arte nos hemos formado imágenes, de las cuales es verisímil (*sic*) que difiriesen absolutamente. Y el novelista las ve, sin duda, no sólo a través del arte, sino al de la literatura, mucho más que del estudio paciente, histórico de esos tipos y representaciones, pues su erudición no es muy firme, guiándole comúnmente la imaginación, una de las cualidades dominantes de su temperamento. Otra particularidad de su literatura es el anhelo de reducir la perversión a elemento de una turbia belleza, descendiendo para pescar la perla sombría al fondo de la maldad y también de la idiotez humana y presentando tipos monstruosos y morbosos, “casos clínicos”, como él dice. Don Juan Valera, que encontraba al naturalismo el grave defecto de hacer (frase que le oí) lúgubre lo lúbrico, hubiese renegado de todo el elemento amoroso basado en anormalidades fisiológicas que hallamos en este autor. No olvido que Galdós posee una variada galería de tipos anormales; pero en él son muchas veces hasta simpáticos y buenos los monstruos, como aquel *Ujo*, el enano que sale a plaza en *Nazarín*. Los anormales

de Hoyos no interesan, porque van movidos por una fuerza superior a la libre voluntad humana: un mecanismo, la caída de la piedra; y en este particular ninguno tan típico como el protagonista de su última (¿última? Siempre puede haber otra más reciente) novela: la titulada *Las lobas de Arrabal*.

Al traérmela, su autor me manifestó que no creía que yo pudiese decir nada de tal obra, por el especial ambiente en que se desenvuelve, por lo cínico de las pinturas. Sin embargo, él mismo nos asegura, en los cinco prologuillos que como dedos indicadores pone a su ficción, que se trata de un libro cristiano. Acerquémonos, pues, a este libro ¿cristiano? Por lo menos, leproso y pecador, y veamos hasta qué punto ha logrado el novelista actuar, si no de cristiano, de moralista, siendo cierto que Hoyos, al cabo español, propende siempre a moralizar, trate de grandes señoras, de toreros o de golfería; y es justo reconocer que nunca ha presentado al vicio como virtud, ni dejado de hacer ver que todo mal se paga por fin.

La monstruosidad del protagonista de *Las lobas* es mayor porque el autor reúne en Lorenzo, duque de Moracho, multitud de condiciones, superioridades y dones de la naturaleza. Es guapo, es ilustre y es, además, un gran literato, un artista ya famoso. Y, por depravación aberrante, que no se explica (y como no se explica no llega a persuadirnos) le vemos, desde el primer capítulo del libro –muy intensamente trabajado por cierto– cometiendo, no diré ni siquiera que un pecado, sino una horrible e inmundicia porquería. Cuando su madre le increpa por su manera de ser –con sobra de razón–, el joven contesta atribuyendo a su linaje todo género de atrocidades, para sacar en limpio que el descendiente de tales fieras no puede ser sino un bicho venenoso, un ser raro y maldito. En el catálogo de los antepasados –que parece el reverso de una cobertura de grande, en la cual se hace resaltar los merecimientos de la estirpe– encuentro un abuelo gallego, llamado Hernán (nombre no frecuente en Galicia), que hace cosas feas, y otras poco verosímiles para los que conocemos el ambiente.

Verdad es que, si la aristocrática progenie de Lorenzo sale muy mal librada en la novela, el pueblo no está pintado con más cariño. Todas las picardías humanas, todas las deformidades, suciedades y groserías se condensan en los tipos populares de *Las lobas*, causando una impresión como el autor la quiso: de repugnancia y asco. ¿Por qué es así el pueblo?, se preguntará. ¿Es a causa de verse sumido en la miseria y sin más recurso que el duro trabajo? Pero entonces, ¿cómo es que los ascendientes de Lorenzo y Lorenzo mismo, no son más pulcros, no son más dignos, no tienen una chispa de hidalguía? Es evidente que Hoyos no considera mejores a los aristócratas que a los miserables. Son la misma casta, la mala semilla de Adán que dijo el Alighieri. Y por este camino llegamos a reconocer que, en efecto, *Las lobas* es un libro cristiano, aunque caiga en la herejía de los predestinacionistas. Y es, además, un libro empapado en el terror de la maldad original, de la corrupción de la humana naturaleza por la falta de los primeros padres. Lorenzo lo sugiere: en él reaparecen inevitablemente los fatales antecesores. Lo único que dice con sentido práctico al replicar a su madre es que los de antes gastaron la fortuna y él no puede vivir de un modo decoroso. Olvida que todo hombre puede luchar y sostenerse sin caer al abismo.

Cuando ya había logrado enderezar su vida por sendas de gloria y felicidad, en vísperas de estrenar un bello drama, de casarse con una mujer encantadora y opulenta, que de

veras le quiere, los antepasados (¿los espectros?) vuelven y Lorenzo retorna a los tugurios del vicio hediondo una noche funesta, y cae herido de navajazo mortal, sobre un charco de agua podrida. Alumbra su cara pálida el sol que debiera alumbrar su gloria. He aquí la lección moral del libro, que en el fondo es la clásica, la tradicional. "Huid del vicio si no queréis acabar ahogados en cieno".

Es preciso decir siempre la verdad: la novela, dentro del rumbo que sigue su autor, es testimonio probante de sus aptitudes, documento que le acredita y le sitúa en lugar muy señalado. Bastaría para convencer el primer capítulo y el último, los más fuertes y certeros del libro, y también los más hórridos. Pasando, pues, la esponja por menudas faltas y errores, galicismos y modernismos descarados, tenemos que reconocer el valor de esta fábula de pesadilla, escasa de asunto, plétorica de efectos repulsivos e impresionantes.

La Condesa de PARDO BAZÁN  
Catedrático de Literaturas Contemporáneas en la Universidad Central.

#### BIBLIOGRAFÍA

Pardo Bazán, Emilia (1919): "Un poco de crítica. La cerámica de Alcora", 22 de diciembre.

\_\_\_\_(1920): "Un poco de crítica. Teratología", *ABC*, 31 de julio, 3-5.

\_\_\_\_(1920): "La utopía", *ABC*, 11 de septiembre.

\_\_\_\_(2006): *Un poco de crítica. Artículos en el ABC de Madrid (1918-1921)*, Ed. de Marisa Sotelo Vázquez, Alicante, Universidad de Alicante.



A Porta do Sol e o Parque do Retiro de Madrid em 1915 (Arquivo da Real Academia Galega)